

LLAMAR ANTES DE ENTRAR

CUENTO

*Noé Jitrik*



Ni siquiera si yo mismo me lo preguntara podría explicar por qué escribo este cuaderno día por día, con todo lo que tengo que hacer, mejor dicho contra todo lo que tengo que hacer. Ahora no hay vuelta, tengo que seguir y lo único que me queda es preguntarme por las razones que me llevaron a hacerlo. Pero si hasta me olvidé de cómo empecé: un buen día me senté, lo ví verca de la mesa y le empecé a dar duro y ahí está todo el origen de esto que ya se está convirtiendo en una manía, en un vicio secreto. Claro que se muy bien que a pesar de todo tiene que haber causas; tratemos de pensar: me siento como hablando con un amigo, con alguien entrañablemente fiel y sumiso. Se lo que esto significa: narcisismo, estar solo conmigo mismo y contarme todo lo que me pasó para reponerme: la gente es tan idiota. Estar solo, es cierto, sin ruidos ni voces, ocupándome un rato de mí, aunque sea mediante apuntes desordenados y, como diría Alberto, sin grandeza y sin pretensiones, sin ninguna descripción de paisajes ni de horas sombrías y melancólicas. Hace poco leí La Náusea de Sartre y el tipo hace lo mismo, se llama Roquentín, creo; es decir no la leí yo sino Angelita pero en fin, lo mismo es, un tipo anota todo, Roquentin y por cierto que hace trampa porque elige lo que va a poner, se "viste" de una personalidad que le conviene mostrarse a sí mismo porque está cantado que lo hace para ser mostrado a los demás. Como yo no voy a mostrar nada no tengo problemas; soy como soy, por lo menos frente al cuaderno.

Se me están empezando a romper las uñas últimamente; se quiebran por nada, se atascan en la lana, se traban en las toallas. "Falta de calcio" dice Angelita, respaldada, como siempre que no puede no intervenir, por la ciencia. Yo en cambio creo que significa cáncer. Algo de las uñas es cáncer, tal vez eso o quizás algo más siniestro, que se doblen y se pongan negras y crocantes. O tal vez el síntoma sea combinado: doblarse y romperse. Angelita dice lo del calcio al pasar; casi le digo que se calle pero imposible, lo hace por mi bien, me aclara las cosas, controla mis asuntos más delicados como yo mismo no lo haría. Pasa como una nube, me protege, me arregla los calzoncillos y los trajes, salta un poco, se agacha sobre mí, sus dedos frescos se apoyan en mi cuello y a otra cosa, unos pasos de baile y ya está, sílfides en mi vida, un tiempo, "tempo" diría Alberto, de ballet.

Me levanté antes que los demás y subí a la cubierta de primera clase. Faltaban tres horas para que el barco llegara a puerto. Angelita tiene sueño liviano pero esta vez no me oyó; todo estaba callado, ni siquiera los camareros se habían levantado y el barco parecía abandonado, triste.

Subí con frío y sensación de digestión inconclusa y pensé que con el trajín de la llegada hoy no iba a mover el vientre; como siempre en esos casos, me tuve compasión. El agua golpeaba con chasquidos secos el metal del barco y el cielo estaba encapotado. Era el fin de un período, transición o algo así, tal vez algo que había sido una escapada. De a poco, a lo lejos, fueron apareciendo costas, unas rocas o piedras, pájaros ruidosos que supongo que son las gaviotas y ruidos de gente atrás. Angelita apareció a mi lado y me agarró la mano; con la otra iba arreando a los chicos y entre todos me habían buscado un rato largo. De repente vimos el puerto, los rascacielos sin gracia, los guinches que parecen animales prehistóricos; aparecieron hombres que arrastraban cabos gruesísimos y ya la costa estuvo encima. En ese momento tuve la sensación clara y directa de que se terminaban los plazos que no se quién me pudo haber acordado, sentí que alguien, vaya uno a saber quién, se presentaría en cualquier momento para hacerme llenar una ficha de responsabilidad.

Pero en el fondo me levanté por disgusto, no por ver la entrada del puerto. De pronto me había sentido asfixiado y me desperté con la impresión de haberme salvado de un peligro, raspando. Era Angelita, claramente, que en el sueño llegaba hasta mi cama vestida como una loca, como la polaca loca de las piernas hinchadas que andaba por los subtes de Buenos Aires; Angelita tenía puesto un sombrero, ella que nunca usa y de sus alas colgaban tiras que la convertían en un ridículo espantajo; la boca abierta parecía agrandarse y yo tuve más miedo que asear por lo que la rechacé poniéndose ella triste y empezando a gimotear hasta la repugnancia. Había que sacarse eso de encima de modo que alcé el brazo para pegarle y justo en ese momento me desperté.

87

Régimen fuerte le dicen; en el fondo una dictadura lisa y llana que no se fija en detalles ni en hombres. Naturalmente militares pero eso no debe asombrar: siempre hay militares en Sud-América. ¿No se cansarán de tanto estar salvando las patrias? Y bien, esto es otra vez el país a mi regreso, exactamente tal como era cuando me fuí, hace ya unos añitos. En el extranjero deseé que las cosas hubieran cambiado solas, que por milagro, al llegar, todo estuviera limpio y libre sin esas siniestras polillas que se lo comen todo, quiero decir toda la lana. Por milagro, porque en el fondo no se lo que pasó. Puedo decir: es siempre lo mismo, pero, seamos serios, no se por qué diría eso. Nadie me escribió ni yo escribí a nadie durante estos años, salvo, claro, tía Mercedes, pero qué podía decirme ella fuera de sus cálculos al riñón y sus esperanzas de

expulsar alguno. Por suerte, tengo plata, esta vez no me agarran.

Lo de la falta de noticias es raro. Al principio uno tiene la sensación de que le falta el aire pero se va acostumbrando y francamente lo que es distancia se convierte en, cómo decirlo, insignificancia; uno es un animal que acepta lo perdido con una tranquilidad inimaginable y lo que está lejos, nadie me convencerá de lo contrario, se pierde, es un fuego que se va haciendo un humo y después un hilo y finalmente nada. Al principio uno lloraría por todo lo que ha quedado pero después empieza a comparar y sinceramente el país empieza a dar vergüenza, como los parientes del campo cuando uno inaugura una boutique en el centro por ejemplo. Pero volvamos a la falta de noticias: ni un diario, ni una carta y como además los diarios europeos no consideran indispensable publicar nada, pues mi aislamiento, mi disponibilidad era total. Lo único a veces llegaba a preocuparme de esta libertad que me era concedida era a quién encontraría al volver. Muertos, dispersos, entregados. Quien sabe.

88

¡Tía Mercedes! dijo Angelita. Y era cierto, ahí estaba. Parecía una cigüeña, las dos patitas finitas, una especie de bultito en la parte del cuerpo y la cabeceita aguda y bondadosa. No nos veía o no nos reconocía. Era la única que nos estaba esperando junto a un gran cartel imposible de dejar de leer que decía: "la gente honrada no tiene nada que temer en este país. ¡Bienvenidos!". Esta alentadora leyenda estaba impresa sobre un fondo de figuras de soldados vagamente superpuestos. Pensé que una bayoneta podía clavarse en el ojo del soldado de la hilera superior. ¡Lo que fue a la Aduana! Horas haciéndonos esperar sin necesidad; para colmo la inicial de mi apellido era una de las más numerosas y mientras en la V por ejemplo el empleado se rascaba porque no había nadie en la C un solo empleado tenía que revisar todas las valijas, bultos y bolsos de dos mil personas. Los pendejitos empezaron a pedir cosas y después a llorar y cuando se calmaban, mediante pellizcos por cierto, preguntaban por inexistentes abuelos y exigían saber con quién iban a jugar ahora. Creí que me iba a dar un ataque al corazón.

¡Apareció Alberto! Su estilo: aparentar que a uno solo le preocupan los detalles sin importancia. Su primera información: "el café es pésimo ahora en el Trápani", "sólo se puede usar nafta super en el coche", "vas a necesitar un coche que se te va a hacer pedazos en seguida porque las calles están a la miseria en Buenos Aires". Y ninguna pregunta, ningún comentario, un helado humor que me

hizo sentir un poco roña por el género humano. Pero sin embargo en el fondo me quiere; si no no habría aparecido. El departamento está bien, no digo que no, mejor que el de Amberes pero me han visto la cara, esto no vale cincuenta lucas. Es un féretro cómodo donde el sol no viene ni engañado. Unas cortinitas de cretona floreada han sido designadas por el propietario para hacer el camelo de la alegría de vivir. El propietario, un judío erapuloso que me quería hablar en francés. Angelita se excedió, como siempre, y fue más amable de lo que hacía falta. Por lo menos Robertito se hizo pis cerca de los zapatos del judío y los llenó de gotitas. Con eso y con sus pedidos taladran-tes de agua y de pizza (no se por qué se enamoró de la pizza) hicimos de la negociación algo verdaderamente eu-rioso. Angelita se derretía mediante frases del tipo “no faltaba más”, “puede estar seguro” y otras que me tenían sobre ascuas. Al final cedí y aquí estamos, juntos como siempre, juntitos como diría Angelita, uno encima del otro, promiscuos y obsesionados.

Alberto me desconfía. Le gusta hablar de plata. Sospecho que porque piensa que a mí me gusta hablar de plata. Qué pienso hacer, cuánto traigo. Seguí su consejo y me compré un coche; tía Mercedes me va a agradecer que aparezca con la horda ultrajando sus jazmines y sus geranios. Pero Angelita, hay que ver, le parece natural tener un coche; ni un gesto, ni un pensamiento, ni un cálculo, como si hubiera llovido del cielo y le estuviera debido. Y, por supuesto, me tendrá como chofer al servicio de su dulzura que va encontrar aquí, en Buenos Aires, ancho campo para expandirse, millones de amigos que hablan el mismo idioma para de-rramarse encima como una gota de salsa sobre una solapa de hilo. Porque Angelita —y no le fue mal por eso— no aprendió ni una sola palabra de ese maldito idioma que yo sin embargo tuve que aprender.

89

Recorremos Buenos Aires como turistas, como gente que desembara por unas horas. Llevamos a los chicos en el 4L y la buscamos a tía Mercedes. Angelita prepara sand-wiches y ahí vamos por la Boca, por la Costanera, por Bel-grano, pletóricos de ¡mirá! ¿qué es eso? ¡qué lindo! ¡qué suerte que tuvimos! Vamos de Norte a Sur y a la inversa, la calle Seaver con sus raquíuticos cien metros rectos, la calle Defensa con ese sabor de supervivencia galaica, de-searía bajarme y caminar, perderme, entrar a esos boliches y tomarme un vaso de El Vasquito pero qué, me van a estremecer con Coca-colas y quiero esto, comprame y llenar-me el tapizado con caramelo y con mierda. Tía Mercedes nos considera un mal necesario, un justo castigo a no se qué pecados que puede haber cometido, una carga moral

sobre sus riñones inconstantes, y se resigna haciendo pendent con Angelita que pone cara de mártir cuando arranco mal o hago ruido con los cambios. La miro como diciendo: "rompo lo que se me canta", después de lo cual se habla de otra cosa, Angelita ofrece por lo general una croqueta.

Yo estaba acostado y de pronto oí unos pasitos, un patito, una ardilla; era Nicolasito que, chupete en boca, se había evadido de su cuna y había venido a averiguar por sus propios medios qué estaba haciendo yo con su mamá. Dios me perdone la interpretación pero era eso, sin duda. Su pelo estaba levantado a los costados, grandes rulos como flores le daban una pinta de angelote, pelo irreprimible y enredado, un verdadero halo. No sé qué me pasó mirándolo, me toqué la cabeza y sentí que el pelo se me había parado alrededor exactamente de la misma forma. Como si el de él fuera más poderoso. Hice fuerza para bajarlo pero Nicolasito allí, mirándome fijamente, lo obligaba a erguirse. Se me dió vuelta la sangre, busqué tijeras y ahí nomás me cortajé lo que sobraba, pero era inútil, lo que quedaba se enrulaba igual mientras el piso se llenaba de mechales.

90 Osvaldo es un amigo de Alberto y ha empezado a vernos. Ayer me preguntó "¿Qué hiciste en Europa tanto tiempo?" ¿Habrá llegado la voz de la responsabilidad para mí? Por de pronto me irritó, hubiera querido contestarle con otra pregunta, por ejemplo qué estaba haciendo yo aquí aparte de tocarme las bolas de cuando en cuando, notarlas aceitosas y olerme los dedos para determinar la calidad del olor, si es cáncer, preguntarme de qué será ese olor aunque a veces me parece reconocer a Angelita. Osvaldo me dijo "hay que hacer algo, esto se cae a pedazos".

En la segunda reunión leímos la carta del Ché a la Olas. Algunos discrepaban, Osvaldo hacía visibles esfuerzos para que yo me diera cuenta de que en ese grupo él era alguien. Il était quelq'un. Osvaldo estaba a favor y un poco me pareció que condenaba a los otros, tal vez más razonables. Franqueza obliga, se lo dije, que los otros me parecían más razonables, exactamente eso, razonables. Osvaldo se puso serio y me preguntó cuánto me había costado el coche. Le iba a contestar pero alguien interrumpió y se puso a gritar que había que hacer un "laburo bestial". Me divertí con el llamamiento: para decir que había que salir a pegar carteles, es decir que los nuevos debíamos salir a pegar carteles, habló de Berlín occidental y oriental, después se ocupó de Viet-Nam, mencionó el cerco cubano, condenó a los militares y, por fin, se desesperó frente al costo de la vida. Tenía razón, qué diablos. Esto no puede seguir así.

Angelita ha tomado la costumbre de mugir cuando la penetro y, sin transición, se pone a hablar de los chicos. La luz está apagada, la cuestión de la adaptación de Robertito y de Nicolasito me parece cosa de sueño, la adaptación revolotea por la pieza oscura y yo empiezo a darle trompadas, como si fuera una figura burlona del delirium tremens. Paf, caete adaptación, un, dos, tres, cuatro, cinco, se levanta y otro golpe y esta vez ocho, nuef, diez O.K. Entretanto, sin haberse dado cuenta de mi combate, Angelita está en este momento hablando de tía Mercedes y de mis reuniones, nunca tiene el auto pobre, el departamento está desnudo, no hay nada, ni cortinas y entonces cortinas se agranda y nuevo combate, pero cortinas no está solo, viene en patota, alfombras, espejos, estantes, cacerolas, tapados, lavarropas, aspiradoras, batidoras, combinados y más gente todavía, una verdadera montonera. Por las dudas me quedo en un rincón, a ver si esos guapos pasan de largo. Pero me ven y grito. ¡Qué te pasa! grita o su vez Angelita espantada.

Parece que Teodosia se quejó. Yo me estaba afeitando cuando me dí cuenta de que discutían. Me dí cuenta de que no debía ser la primera vez que lo hacían. Paré la oreja porque se me ocurrió que Angelita podría ser servil con ella: hablaban de mí. "Qué vaya a mear al baño" gritaba "yo no tengo por qué recoger esas latas inmundas que pone debajo de la cama". "Es que tiene frío" explicaba Angelita sin convicción y la otra, implacable "y por eso moja de paso las sábanas; no señora, yo no sé como usted puede". Me quedé preocupado. Nunca pensé que creaba inconvenientes y que alguien se podía enojar. Dureza de la gente, se tiran contra las costumbres ajenas, no admiten que el otro tenga reservas, o comodidades. Pero Teodosia no voy a levantarme de noche. Y que no me haga hablar; puedo hacer un inventario de sus olores que no le van a quedar ganas de andar fijándose.

91

El agua y Angelita, Angelita y el agua. Llega un momento en que es fatal, tiene sed y me pide agua; no hay manera de convencerla de que tenga una botella y un vaso al lado suyo, junto a la luz. Primero voz temblorosa, después zumbadora, agría, agua, es para levantarse o morir. Y me levanto y el agua generalmente no le gusta, toma un sorbo y yo la contemplo. "Querido" me dice.

Discutimos la organización interna del grupo. Me consultaron, lo cual por un lado me gustó pero enseguida me dí cuenta de que este grupo no debía ser muy importante si pedían la opinión de un recién llegado. Esto es de una pobreza conmovedora frente a lo europeo, tan terminadito, tan hechito, donde se fijan en uno es para atropellarlo

en la calle, no para pedirle opinión. Debe ser América nomás, hay que hacerlo todo. Pero ¿por qué yo? De todos modos se produjo de inmediato una división, los que querían darle fuerza al Secretariado y los que se la querían dar al Comité Central. Osvaldo, desde luego, estaba entre los últimos. Yo lo apoyé porque me pareció menos dilatorio, menos pajero. Se votó y ganamos. Al final habló Osvaldo; estaba encendido, la alineación no se le caía de la boca, fulminó la burguesía y a los yanquis. Creo que van a pasar grandes cosas.

92 ¡Pobre tía Mercedes! Yo la creía eterna y aquí la veo hecha una pasa de uva, en pleno sofocamiento. Fue un edema pulmonar y no una obstrucción renal. Está visto que la cosa llega por donde menos uno lo espera. Me avisaron que estaba enferma, lo que no me extrañó, pero la enfermedad pasaba de castaño a oscuro. Llamé médicos, la ambulancia de un muchacho del grupo, oxígeno, etcétera y la hice llevar a una clínica. Como al llegar no venían los enfermeros la cargué en mis brazos y adelante, casi muero, pesaba una tonelada. Al borde ya del colapso llegaron los forzudos y me salvaron; me sentí un insecto. Tía Mercedes susurraba apenas a mi oído "hijito, hijito". Cuando estábamos en su habitación llegó Angelita y tía nos miró como diciendo "son lo único que tengo". Sólo podía emitir un breve jadeo porque tenía el pecho lleno de agua. Se hizo lo que se pudo. Nos quedamos esa noche. No hubo forma de convencer a Angelita que se fuera a casa, pero qué caso esta Angelita, apenas se hizo de noche se tiró en la cama de acompañante y se durmió como si estuviera en el mejor hotel de Lisboa. A pesar del agua, tía la miraba con ironía; de repente, me pedía que la ayudara a orinar: hacía fuerza, se ponía colorada y una cosa dulzona me subía por el estómago y se me instalaba en la cabeza hasta hacerme desvanecer casi de asco. Aguanté; después de todo no tengo más familia. Es decir, no tenía.

Antes de acostarse, Robertito se puso pesado. Se ponía saliva en la mano y me la pasaba por la cara. Se reía histéricamente, el chiste le parecía sensacional. Después intentaba hacerme cosquillas y finalmente se me subió encima de los hombros ensuciándome de paso el cuello con dulce. El dulce lo tenía en la manga. No lo pude aguantar más y le sacudí un castañazo. Por cierto que se puso a llorar mirándome, a la distancia, con un aire extrañado, como si no pudiera creer. Entonces quise imitarlo y le dije "no te quiero más" pero no me salió en su tono, no lo remedé sino que se lo dije secamente, duramente, como si tuviera una gran convicción acerca de lo que decía. El chico dejó inmediatamente de llorar, lo ví como perdido, extraviado y de

inmediato se puso a aullar, uy, uy, uy, siempre sin llorar, sólo quejándose como un animalito a quien le hubieran quitado la madre, o el padre en este caso. Metí la pata, qué duda cabe, lo hubiera querido arreglar pero el daño estaba hecho. En fin, se le pasará. Tendré que evitar los chistes en el futuro.

Salimos en mi coche a pintar paredes. No éramos muchos pero estábamos bien provistos no de alquitrán, pesado, dañoso, sucio, sino de unos lápices grasos fabricados por uno de los compañeros. Esta vez Osvaldo no me preguntó por el precio del vehículo. Pero la empresa era chiste: cuatro tipos que como maniáticos embadurnan unas pocas paredes y que al día siguiente, cuando se levantan, tienen las orejas coloradas por las puteadas de los propietarios. Pero no dije nada y ahí fuimos, algo emocionados. Dejé el coche en un garaje de Juramento y Moldes y empezamos a caminar. Cuando vimos que no había nadie, nos largamos a pintar como endemoniados, sin prolijidad. Hicimos una cuadra, dos, tres, cuando, los olimos en el aire, cae la policía a los cien metros. Empezamos a correr como enloquecidos hasta llegar a una obra en construcción en la que nos metimos; las sombras nos permitieron recuperar la respiración —pensé en la pobre tía Mercedes con sus pulmones llenos de agua— pero, como era previsible, al ratito se puso a ladrar un perro y tuvimos que salir, Tobita —así le decimos porque tiene pómulos mareados y un aspecto de yegua semisalvaje— buscó mi costado para reponerse y se puso a cantar algo de Ives Montand. La agarré del brazo sin escuchar demasiado las explicaciones de Osvaldo. Ella dejó hacer hasta que llegamos al auto.

93

El gobierno está cada vez más duro. Hay patrullas por las calles y, a falta de conspiradores, levantan parejas y las humillan, pero eso se hizo siempre sobre todo si hay menores de por medio. Los diarios ocultan el hecho fundamental de la dictadura e inflan las cuestiones económicas, el gran futuro. Qué vuelta de tortilla; pensar que nos hemos pasado la vida exigiendo que se meta la economía en todo y ahora nos la dan por el coco, han aprendido la lección, sólo hablan de economía y sin decir mu nos tapan la boca para todo lo demás, incluso para quejarnos de sus planes económicos. Son fanáticos, locos furiosos de una grandeza imposible. Alberto tiene razón, somos un país pequeño burgués donde nadie quiere arriesgar nada por nada y así nos quitan todo. Parece que se tortura otra vez y, como siempre, los comunistas de la guardia vieja vuelven a la cárcel como si les gustara. Osvaldo está exaltado y reanimado con esta situación cuyas ventajas explica largamente: “la cosa se radicaliza” dice con más optimismo que preci-

sión aunque luego, con realismo, agrega "que lo más idiota que puede haber es dejarse meter preso, hay que cuidar a los militantes". Me canso de esta lata y propongo una bomba, sencillamente una bomba en el Ministerio de Economía, tanto que joden con el desarrollo. Me miran sorprendidos, tal vez con admiración. Tres cuartos de gelinita, un cuarto de pólvora, un relojito, en fin, ya se verá, y a otra etapa. Osvaldo se queda en silencio, rencoroso. ¿Qué más quiere? Después de la bomba tendrá radicalización a montones.

94 Cortinas están puestas, alformbras también lo mismo que lámparas, apliques, aire acondicionado, sillas, mesas y cuadros. No puedo quejarme de Angelita; gracias a su preocupación tenemos en las paredes a Picasso, Renoir, Gauguin y, en fin, a toda la barra, como diría Alberto. Un verdadero nidito cuyas plumitas son arrancadas sistemáticamente por Nicolasito. Imposible frenar su ansia destructora. Angelita intenta el patetismo "la casa que hemos construído todos juntos", pero es inútil, el chiquillín usa tenedores, uñas, vidrios rotos y, apenas da uno vuelta la cabeza, se manda una incisión, una fractura, una lástima. La última vez lo zamarreé un poco, lo mandé a dormir sin comer, le corté los pelos (aproveché) pero no se cura. Tal vez si tuviera amigos o si Ricardito no estuviera tan hosco y reconcentrado, si hablara un poco, pero Ricardito no cede, qué le pasará. Por otro lado, en cierto modo es mejor por la tranquilidad: entre él y Angelita se ha creado una zona de silencio que hace bastante agradable estar en casa, cuando uno está, lo cual es cada vez más raro porque las reuniones no me dejan tiempo para nada.

La esperé en el pasillo; al ver que se acercaba fuí a su encuentro con los brazos abiertos, la cara me quemaba y el corazón me daba saltos; ella entró en mi círculo y la abracé, le abrí el tapado y entré en él, toqué con el mío y con mis brazos un cuerpo dócil, de yegua entregada, que necesitaba tocar por todas partes. La arrastré debajo de la escalera, el tiempo urgía porque la reunión había empezado, teníamos que subir y justificar la demora pero no había manera de desprenderse, tocarla de nuevo, besarla en el cuello y en la boca y ella igual, sus manos hurgaban, buscaban, yo la reconocía, la recorría, esa piel aindiada, ese coxis anejo y caliente. No podíamos subir pero sabíamos que nos esperaban, pasaba el tiempo pero no nos atrevíamos a consumir el acto, alguien podía venir y nos demorábamos como locos, esta demora, que era un éxito porque por primera vez me aceptaba, vedaba definitivamente que algún día pudiéramos acostarnos como Dios manda porque justamente por la demora todo se ponía al descu-

bierto, el grupo no permitía estos deslumbramientos, la bomba no podía ser reemplazada por un abrazo afectuoso. Finalmente rotos, molidos, tristes, subimos.

Angelita me declaró que quería entrar al grupo a trabajar conmigo. Sospeché. Argumentó con instrumentos sociológicos y psicológicos. Una mujer no puede..., llegados a cierta comprensión de las cosas..., personas que se juegan la vida y entonces qué hace una arreglando eternamente su casa... No comenté nada ni la contradije y ella creyó que yo estaba de acuerdo por lo cual se puso tierna, me empezó a tocar, me acariciaba hasta que terminamos haciendo el amor; eran las tres de la mañana y yo apenas pude: había llegado a eso de las dos y su planteo llevó tiempo. Debo haber estado algo ausente, sospechando, pero para ella la cosa fue muy buena, era increíble su cara de relajamiento. Nos fuimos a dormir con el tono del deber cumplido, disposición al bien ganado descanso y entonces, antes de dar vuelta la cara, ella me dijo que no iba a entrar al grupo, que me dejaba hacer lo que quisiera, sólo había necesitado una prueba, de confianza, dijo y, dios mío, de amor.

Saqué la mano izquierda afuera y tiré un puñado de volantes. Aceleré y me metí entre varios coches. Pude ver, mientras esperaba paso, un ojo de buey en una mansarda y en él una macetita, única macetita que alojaba un esforzado geranio criollo, una flor durita y parada, orgullosa en su fingido encuadre marítimo.

95

Nos sentamos en el suelo, ella cerca del tocadiscos, yo apoyado contra el respaldo de un sofá dado vuelta. Puso un disco de Amalia Rodríguez y el fado —pensé— me enfadó. Después dijo “querés coñac” como quien desangra; dije que sí con la cabeza, conmovido y ella se levantó con sus magníficas piernas, y con buenos gestos buscó vasos de los que se calientan con las manos, una botella de tres plumas y se acercó; le agarré las piernas, que tanto me gustaban, esas piernas de tobiana, de oscura y ella se estremeció un poco, no mucho, vaya uno a saber si consentía en algo. La dejé desalentado y me dió coñac; lo manejé y lo fuí tomando y también ella, que me miraba con ojos húmedos por encima del vaso. Después puso Ella Fitzgerald, Beatles, Monkees, el bueno de Pete Seeger, todo bien, buen gusto y el coñac que se deslizaba sin obstáculos hasta lo que Alberto llamaría “la zona del miedo”, las vísceras, una región situada entre el diafragma y el estómago, tal vez incluido el estómago. Le tomé la mano una vez, sentados en el suelo, dos veces intenté ser objetivo, “los Beatles están formidables” pero algo no andaba en esa difusión de coñac, en medio de esa habitación donde se veía la mano de un arquitecto, mucho Klee, batatas llenas de hojas, cerámicas y libros y la foto del Ché cerca de una de Sartre. Tobita

me miraba con una mirada casi de curiosidad, que podía hacerme sentir descubierto pero que seguramente era decepción al revés, exactamente eso, curiosidad. “Lo siento” le dije “no lo puedo intentar de nuevo, Angelita, los chicos, vos tenés que darte cuenta”. Tobita asintió y echó más coñac. Me sentí mareado y me eché sobre sus piernas, mi cabeza buscó su vientre y ella me consoló, es decir, no dijo nada pero me pasaba la mano por la cabeza, me pasaba la mano no me acariciaba pero qué diferencia podía establecer en ese momento yo; me fui alzando y la abracé mientras le repetía “no lo puedo intentar otra vez” y mientras repetía eso me iba levantando y la abrazaba y ella dejaba hacer en tanto le tocaba las piernas, se las apartaba y empezaba a hurgarle y finalmente me vino una gran arcada, vomité todo en la alfombra mientras Billie Holiday cantaba extraño fruto.

96

Floreal Fianza. Fuimos a verlo con Osvaldo a su pieza de conventillo honorable de la calle Perú. Increíble llamarse Floreal y ser todavía anarco, no como Libertad Lamarque que no debe serlo para nada. Estaba con su vieja, se ve que él había estado leyéndole La Prensa, que ahí no más estaba, calma y fresca. Osvaldo lo conocía de chico, una especie de padre gremialista y más puro que el suyo propio, un anarquista de primera agua, lleno de experiencia y de sabiduría y —supongo, cosa que Osvaldo pasaba por alto— de graves errores. Apenas llegamos se puso a recordar grandes hombres, los gestos de De la Torre, la valentía de Radowicki, el estilo de Ghirardo, recordó con dignidad a Palacios y se expresó con reticencias acerca de Di Giovanni. “Ustedes muchachos”, aconsejó, “no tienen método”. “Pero don Floreal” protestó Osvaldo como diciendo usted no sabe en qué estamos y el viejo se sonrió y concedió con la evidente intención de no hacerse mala sangre. Pero era contradictorio don Floreal: “Ahora hay un poco de orden, hay que reconocerlo” lo que exasperaba a Osvaldo que no se cansaba de repetir “pero don Floreal” como si eso fuera una explicación, pero al viejo le bastaba porque de inmediato cambiaba de tema, se ve que no quería irritarlo a Osvaldo. De repente extrajo una cajita de un mueble, la abrió, sacó algo con los dedos y se lo acercó a la nariz después de lo cual estornudó cerca de diez veces. La vieja lo miraba enternecida y nosotros no sabíamos donde meterlos; cuando terminó quedó como borracho, feliz, los ojos bailándole en la cara. Osvaldo intentó contarle para qué veníamos pero el contraatacó con la librería del viejo Palumbo: “hurgando un poco se encontraba todo lo que se quería, era extraordinario ese viejo, sentado eternamente en una silla rota. Un día conseguí todos los libros de Reclús, son esos” y los mostró apilados sobre un ropero.

Oswaldo lo miraba fascinado. "Trabajaba allí un muchacho flaco y nervioso, que hablaba mucho y se llamaba Roberto Arlt. Fue un gran escritor después, yo lo hice escribir para La Protesta. Oswaldo me miró entonces significativamente, conmovido "pero te das cuenta, te das cuenta de lo que es este hombre" parecía comunicarme. Eliseo Reelús. Por fin le pedimos la receta y la forma de manejar la bomba. Oswaldo, buen hijo, anotó todo cuidadosamente, asistido por la conmiseración de los ancianos. "No es por inexperiencia, don Floreal". "Sí, sí" decía el viejo "es por seguridad, sabe, por seguridad, porque por ahí uno pone más gelinita de la que corresponde y no estalla, aunque también hay que tener en cuenta el detonante, va a andar, va a andar. "Oswaldo se enardecía con la perspectiva y me agradecía con la mirada mi intuición, mi propuesta, que ahora le proporcionaba tan intenso goce. Cuando salimos llovía y en Alsina nos metimos en el Querandí. Oswaldo veía astillas por todas partes, esquirlas, polvo, cadáveres, maderas destrozadas. "Habrá que consultar con el C. C., es un paso demasiado importante, no te parece, a partir de ahora se impone un nuevo método de lucha y nosotros no estamos autorizados". "Pero qué método, la metemos y vas a ver el revuelo que se produce, salta el régimen con una sola bomba bien puesta en el Ministerio de Economía. Yo conozco a un ordenanza que nos podría hacer entrar" le dije poniéndole una mano en su brazo. El se estremeció y asintió. Después pagué y nos fuimos.

97

Tobita parecía esperar todavía, me miraba intensamente, no discutía más en las reuniones. Esa noche se fue, cansada y yo empecé a sentirme un poco harto, mal dormido, los oídos me zumbaban, tantas tentativas, tanto andar a la macana por ahí, como un suicida.

Me confiaron la puesta de la bomba. La fabricó Oswaldo según la receta y me la trajo envuelta, dentro de un paquete. La pusimos en el coche y fuimos juntos al Centro. Como cabía en mi portafolios la alcé, la metí adentro y, como funcionarios, entramos al Ministerio. Un mundo de gente con solicitudes en la mano nos ocultó. Buscamos una escalera y bajándola llegamos hasta el tercer subsuelo. Seguimos un pasillo largo hasta que una puerta nos impidió el paso. Decía "prohibido pasar" y Oswaldo me miró pero yo lo tranquilicé abriéndola, mi ordenanza había cumplido. Seguimos luego un pasillito oscuro, como de barco, que conducía hasta otra escalera; la descendimos conteniendo la respiración y pisando apenas los escalones. Al final aparecieron las calderas y las máquinas de calefacción. Eran ollas inmensas cubiertas de llaves y la escasa luz daba al ambiente un aspecto lúgubre, espectral. Buscamos un rincón, allí sacamos el paquete, lo desenvolvimos, le dí la

cuerda y lo puse debajo de uno de esos recipientes. Veinte minutos era el tiempo y la dosis era de tal poder que tenía que volar todo el edificio. Volvimos por el mismo camino y nos fuimos al London de Perú y Avenida a esperar. Por cierto que a la hora y cuarto ya habíamos perdido las esperanzas de modo que fuimos a buscar el coche sin hablar. “¿Vamos a comer algo?” le propuse.

Angelita terminó todo y plastificó los pisos ella misma. Ninguna objeción por ese lado aunque tiene sus ataques de quejosidades. Ahora el tema es Ricardito. Al final exploté “que se vaya al demonio” grité temblando pero in-conmovible. No me someto más a esta exacción.

98 El grupo, por medio de Goldemberg, me pidió mi casa para hacer una reunión. Hacía tiempo que no los veía y accedí. Empezaron a llegar a las 8. Uno, dos, pensé que sería lo de siempre pero al rato cayeron los jefes, el famoso C.C. del que hablaba Osvaldo. Por cierto que Osvaldo también estaba. Al empezar la reunión escuché un poco, pero esas pelotas me rebotaban. Sin que se dieran cuenta salí. Pensé en ir a ver a Tobita que debía estar en su casa puesto que no había venido a la reunión. Angélica se había ido con los muchachos a lo de Alberto y esperaría que yo los buscara. A Tobita le debía quedar coñac todavía. Pero había que llamar antes desde el bar de la esquina. Pedí el teléfono y en lugar de discar su número llamé al 37-1111, dí la dirección de casa y dije que se estaba haciendo allí una reunión de guerrilleros. Fuí hasta lo de Tobita pero antes de subir recordé que no había llamado de modo que volví a casa, no habían reparado en mi ausencia. Me senté y esperé. En el momento mismo en que ese colorado grandote hablaba de seguridad sonó un timbrazo inconfundible y después empezó el caos.

